

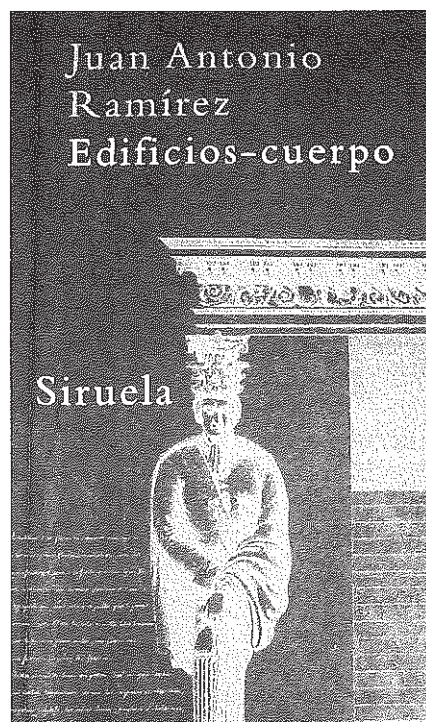
- RAMÍREZ, Juan Antonio: *Edificios-cuerpo. Cuerpo humano y arquitectura: analogías, metáforas, derivaciones*, Madrid, La Biblioteca Azul serie mínima, Siruela, 2003.

Silvia Alzueta García

La editorial Siruela ha lanzado una nueva colección de libros titulada "La Biblioteca Azul serie mínima", cuyo director es Juan Antonio Ramírez, autor del libro de referencia. Actualmente se hallan editadas dos obras de esta colección: la primera es BRETON, A., y ELUARD, P., *Diccionario abreviado del surrealismo*, (La Biblioteca Azul serie mínima, Siruela, 2003) y la segunda es el título de Juan Antonio Ramírez que nos ocupa. Esta nueva colección mantiene una edición muy cuidada aún siendo una serie "mínima" en formato rústico.

En 1999, Juan Antonio Ramírez dirige el "XI Curso de Apreciación del Arte Contemporáneo" organizado por los amigos de ARCO y el Círculo de Bellas Artes de Madrid, bajo el título "Metáforas del cuerpo en el arte del siglo XX". El autor realizó la conferencia inaugural y la de clausura. De estas conferencias han surgido dos libros: uno, el que tratamos, de reducidas dimensiones, y otro titulado *Corpus Solus. Para un mapa del cuerpo en el arte contemporáneo* (Siruela, 2003).

En la obra que vamos a tratar el autor ha conseguido un acercamiento temático marcado por la levedad que



caracteriza al lenguaje hablado, así como la amenidad de la argumentación, lo cual nos deleita con una lectura ágil del discurso vertical, interdisciplinario y heterogéneo, aproximándonos a problemáticas, ideologías y creencias distintas bajo un solo pretexto: establecer las relaciones latentes, y no tan latentes, entre el cuerpo humano y la arquitectura como continuo motivo de interés. Se acompaña de un repertorio visual intercalado con el texto que se complementa perfectamente. El aparato crítico se dispone al final del libro, prescindiendo de bibliografía convencional, aunque no por ello alejándose de una metodología científica, ensayístico en su tono y exhaustivamente documentado en cuanto a su contenido.

El tema a tratar, la relación hombre-cuerpo, resulta altamente recurrente y sobre todo en un momento en el que la imagen del hombre como tal se encuentra a la deriva. El universo global ha escindido la relación del hombre con su entorno inmediato y nos guía, más bien, hacia unos modelos implantados por un orden superior, como es el ámbito mediático, que pone en crisis nuestra realidad, transformada en ficción. Aquellos que habitan la realidad mediática son seres humanos irreales, a pesar de los intentos de evidenciar con distintos formatos, por ejemplo el de la vida en directo, su humanidad. El espacio que el ser mediático habita es un correlato de la ficción que es. El cuerpo, nuestra carne, nuestras vísceras, nuestros huesos... están en crisis y se produce una lucha real por ficcionar nuestro cuerpo, aunque el fin sea claramente desalentador. El hombre más que nunca se encuentra solo ante una multitud y la soledad, la introspección y sus múltiples máscaras conforman los fragmentos del espejo roto que es él mismo.

En un momento cómo este, Juan Antonio Ramírez nos invita a pasear por la Historia a través de un relato que evidencia la honorable relación del hombre con su cuerpo, elevado por el artista a la categoría de obra de arte, pretexto de sus construcciones, fruto de la admiración que lo humano ha suscitado. Al fin y al cabo, su cuerpo-arquitectura es el lugar donde habitan sus sueños.

Se podrían establecer tres unidades temáticas en la obra determinadas por el uso que el arte hace del cuerpo. La

primera comienza con unas propuestas que se inician desde la Antigüedad en torno a la casa del hombre y su cuerpo, donde las partes del edificio están en proporción al cuerpo humano y a su vez entre cada una de sus partes. Esta convivencia arquitectónico-corporal es un pretexto para la humanización de unas construcciones, que conforme van complicándose, van atribuyéndoseles características corporales y psíquicas como vigor, feminidad, virilidad, dignidad... que se encuentran en la cultura verbal popular. El hombre habita los lugares e interacciona con éstos donándoles parte de su humanidad, los conforta a su imagen y semejanza y los relaciona con el Ser Supremo como arquitecto del mundo.

Este fenómeno tiene determinados hitos a destacar, como los órdenes arquitectónicos o la adaptación y geometrización del cuerpo humano, como canon inserto en un círculo y en un cuadrado (con la problemática que conlleva). Estas relaciones y proporciones aluden al buen uso que de las reglas se debe hacer, tal y como si de un recetario se tratase, donde nada es casual: el uso del número, de la forma, etc. Los elementos que componen las normas artísticas siempre se hallan en estrecha relación y tienen su propia motivación. Esta propuesta parte desde la Antigüedad y abarca propuestas tan versátiles como las de Cesare Cesariano, Vitruvio, Caramuel, Le Corbusier, Alberti y Picasso entre otros.

Otra unidad temática es la que presenta el uso del cuerpo como arquitectura, ya sea de forma íntegra o fragmentaria. Así, el cuerpo puede

aparecer como esqueleto sustentante donde la epidermis (pared) recubre al esqueleto (estructura). También puede aparecer el esqueleto como un motivo decorativo que alude más directamente a lo humano. El cuerpo como fragmento corpóreo, maniqués, aparatos... se relaciona a su vez con lo visceral, lo orgánico que aparece en la arquitectura adoptando las características del interior físico humano, o de lo antropomorfo. Las propuestas son muy sugerentes, abarcando un variopinto abanico de posibilidades con nombre propio en Sade, Bataille, Gaudí, Finsterlin, Carrá...

Por último, el cuerpo se hace metonímico, con motivos tan recurrentes como la boca-vagina, el ojo, los órganos sexuales y la copulación... que adquieren un valor tal en nuestro

inconsciente colectivo que no podrían ser entendidos sin las alusiones psicoanalíticas. Según el autor, el ataque del 11 de septiembre de 2001 conlleva la fusión, mediante la destrucción, del cuerpo y la arquitectura en un misma amalgama informe. En este sentido Ledoux ya nos presentaba sus arquitecturas parlantes tan recurrentes, Bruno Taut sus propuestas utópicas y Ernesto Neto sus espacios sensitivos.

En definitiva la obra es capaz de satisfacer las expectativas del lector muy por encima de lo esperado, lo cual resulta realmente gratificante y nos lleva nuevamente a dar la enhorabuena al brillante escritor, que asalta nuestra mente con temas recurrentes llenos de interés y múltiples posibilidades.